La pintura de las polillas blancas

Relatos Cortos · Shyvirelle · Obra original

La terminal de autobuses del Norte no cerraba nunca. Pasada la medianoche todavía había gente comprando café, empleados fregando el suelo y conductores que pasaban de largo con una carpeta bajo el brazo. Lo único que descansaba eran los letreros: uno tras otro se apagaban durante unos minutos para que los cambiaran de sitio.

A Mauro le habían encargado pintar las cajas metálicas de esos letreros. El esmalte crema disimulaba los arañazos y la herrumbre de unas estructuras más viejas que las pantallas luminosas que ahora sostenían. Le dieron un carrito, una escalera baja y seis cajas desmontadas. Debía dejar tres listas antes del primer servicio de la mañana.

En la primera caja encontró polillas blancas. No estaban posadas sobre el metal, sino debajo de una capa antigua de pintura, como flores prensadas bajo el vidrio. Mauro intentó retirarlas con una espátula. La hoja resbaló por el esmalte liso; ninguna antena sobresalía.

—Las dejaron ahí cuando pintaron —dijo Tomasa, la encargada de limpieza, al pasar con su cubo.

—¿Dentro de la pintura?

Tomasa se inclinó, miró un instante y siguió hacia los baños.

—Yo no puedo ayudarte con lo que hay dentro de las cosas.

Mauro se rió solo. Había trabajado de noche suficiente tiempo para conocer el humor de quienes ya llevaban doce horas despiertos. Lijó alrededor de las polillas, limpió el polvo y probó una primera mano en una esquina. El esmalte nuevo ocultó la polilla más cercana al borde; las otras seguían visibles bajo la pintura vieja.

Mientras secaba, colocó sobre el carrito una segunda caja. Allí había una sola polilla, mucho más pequeña, suspendida cerca del borde. Mauro cargó el pincel y la cubrió también. Al levantar la vista vio que, en la primera caja, la pintura se había abierto.

No era una grieta. Era un hueco blanco, preciso y doble, del tamaño de las alas extendidas. Detrás no se veía la pared gris sobre la que descansaba la caja. Se veía el andén siete, cuando todavía tenía el viejo letrero de «Llegadas». El tubo de luz se extinguía en aquel instante y una persona de abrigo verde quedaba con el rostro levantado hacia él.

Mauro movió la caja. El andén de ahora, detrás del metal, estaba vacío. En el hueco continuaba el mismo momento: el letrero terminaba de apagarse, el abrigo verde esperaba. No era una grabación que avanzara. La luz moría sin llegar nunca a morir del todo.

Dejó la caja en el suelo y caminó hasta el andén siete. El letrero nuevo decía «Conexiones». Una trabajadora le explicó que el antiguo se había apagado poco después de medianoche,

antes de trasladarlo al depósito. No vio ningún abrigo verde. Mauro regresó al carrito con el corazón desacompasado.

La segunda caja estaba seca. Donde había cubierto a la polilla pequeña se abría otro hueco, estrecho como un párpado. En él aparecía una mano apoyada en un vidrio y, detrás, las últimas luces de un anuncio que acababa de quedar negro. Reconoció la pegatina desgastada de la antigua salida seis. Aquel letrero llevaba apagado desde el día anterior.

Dos polillas. Dos capas recién secadas. Dos huecos que no dejaban mirar al otro lado, sino hacia el segundo exacto en que un letrero anterior había perdido la luz.

Podía llamar a su supervisor. Podía fotografiarlo. Sacó el teléfono; la pantalla mostraba dos manchas sin forma, como si el objetivo solo encontrara pintura fresca. Guardó el aparato. A través del hueco, en cambio, el abrigo verde seguía tan nítido que distinguió una hebra roja prendida de la manga.

—¿Sabe dónde sale el autobús de la una y cuarto? —preguntó una mujer a su espalda.

Era mayor, llevaba una maleta pequeña de ruedas y una bufanda roja. En la mano sostenía un billete arrugado. La terminal aún conservaba los carteles de los andenes, pero habían cambiado las salidas por unas obras. Mauro le señaló la pantalla central.

—Ahí debería aparecer.

—Aparece la hora, pero no el lugar. Ya fui dos veces al siete. Un señor me mandó al seis y allí no hay luces. No quiero perder el último que va a mi pueblo.

Se llamaba Elvira. Llevaba horas viajando desde una ciudad costera y necesitaba tomar una conexión. Mauro vio que una hebra roja se había soltado de su bufanda. No llevaba abrigo verde; el suyo era gris. Aun así, al mirar la primera caja sintió la incómoda certidumbre de que la terminal llevaba horas ensayando aquella conversación.

—Quédese junto al mostrador —le dijo—. Voy a comprobarlo.

Buscó al encargado de movimiento y encontró una oficina cerrada. Por la cristalera vio dos mesas vacías y un horario corregido a mano. La salida de la una y cuarto estaba asignada al andén seis, pero la instalación nueva aún no había encendido su cartel. El conductor ya esperaba junto al vehículo; desde el vestíbulo, sin señalización, nadie podía encontrarlo.

Mauro volvió al carrito. La primera caja debía regresar a su sitio en una pared del pasillo, perpendicular al tránsito. Si la dejaba como estaba, el hueco de la polilla mostraría a los pasajeros un letrero ya desfasado. Elvira, siguiendo ese destello, volvería al siete. Levantó la caja, giró su cara pintada hacia la pared y apretó las dos tuercas de su soporte. La abertura quedó escondida contra el yeso.

Después pasó al cuadro eléctrico que le habían autorizado usar para probar los letreros. Pulsó el interruptor del circuito seis. El cartel del pasillo titiló una vez y se encendió. Al

fondo, una flecha luminosa señaló el andén correcto. No necesitó escribir nada ni inventar una dirección: allí estaba la que los demás habían olvidado activar.

Elvira se acercó arrastrando la maleta. Cuando vio el cartel, soltó el aire.

—Eso era lo que buscaba.

—Vaya por el pasillo azul. Al final, a la derecha.

Ella le agradeció la ayuda y avanzó sin correr. Mauro la siguió con la mirada hasta que la bufanda roja dobló la esquina. Después volvió al carrito. La luz recién encendida borraba buena parte de las sombras que habían ocupado el lugar toda la noche.

Se puso con la última caja. En aquella no había polillas y el esmalte se extendió sin resistencia. Terminó cuando los autobuses empezaban a formar una fila de motores encendidos frente a la salida. Mientras empujaba el carrito hacia el depósito, el letrero recién encendido del andén seis se apagó un instante y volvió a iluminarse. Mauro comprobó desde lejos que la indicación seguía visible y no regresó al cuadro. Dejó las herramientas en el depósito y revisó las tapas de los botes.

Sobre la tapa del esmalte crema, salpicada durante los retoques, había aparecido una polilla blanca. No estaba viva ni muerta: parecía pintada bajo una gota de esmalte, aunque Mauro habría jurado que había limpiado aquel bote varias veces. Con el pulgar quiso apartarla. La gota terminó de secarse alrededor de su dedo.

Las alas se borraron. Quedó un hueco.

Mauro se inclinó. Vio el autobús de la una y cuarto saliendo por la carretera exterior. No llevaba encendidos los faros ni la iluminación de la cabina. Las ventanas eran oscuras, salvo una: detrás del cristal, a la altura de un asiento, distinguió una bufanda roja y la palma abierta de Elvira contra el vidrio.

La imagen no se movía. Mauro apartó el ojo del agujero y oyó, afuera, el sonido normal de los primeros autobuses del amanecer. Cuando volvió a mirar la tapa, Elvira aún tenía la mano apoyada en la ventana. Ni el autobús ni aquella mano avanzaban un milímetro más.